



Foto proporcionada por: María Nélide Mena

El trabajo grupal con jóvenes en situación de riesgo social: Una estrategia socioeducativa para la prevención

María Nélide Mena

Universidad Nacional de Tucumán | Argentina
 marianelidamena@yahoo.com.ar

ESTE ARTÍCULO SURGE de un proyecto de investigación cuyo propósito central es describir y comprender la problemática presentada por un grupo de 15 adolescentes y jóvenes, entre diez y 19 años, en situación de riesgo social, en el contexto del barrio Juan XXIII de San Miguel de Tucumán, Argentina, habilitando el trabajo en grupo como estrategia socioeducativa para la prevención.

La motivación que acompañó este trabajo de investigación tuvo su origen en el interés manifestado por las Religiosas Salesianas, insertas en el barrio Juan XXIII hace diez años.

Estas preadolescentes y jóvenes proceden de familias desestructuradas con muy bajos niveles socioculturales y económicos. El hacinamiento, la pobreza y la falta de empleo de sus padres o tutores,

hacen difícil la subsistencia. Algunas chicas vivían con sus abuelos o tías. El fracaso escolar influía en su autoestima y su motivación. Se percibía en ellas indefensión aprendida, lo cual no les permitía enfrentarse al aprendizaje, a las relaciones interpersonales y a la búsqueda de empleo. No presentaban habilidades para el éxito; ponían de manifiesto poca motivación de logro, baja resistencia a la frustración y poco control de las situaciones. Fácilmente se cerraban en sí mismas cuando algo las contrariaba. Tenían escasa oportunidad de aprender los patrones básicos de relaciones sociales. Fueron educadas en la calle, presentando roles sociales agresivos. Se sentían discriminadas, rotuladas, segregadas y actuaban de acuerdo a este imaginario colectivo. La percepción de su incapacidad, la falta de fuerza física por la mala

alimentación, el clima de violencia familiar y barrial, la frecuencia de grupos de riesgo social, la violencia instalada en el grupo de pares, la drogadependencia, el alcoholismo y la prostitución, fueron indicadores de que el grupo necesitaba ser abordado desde otro lugar y con otras estrategias.

Actividades

El proceso de investigación, según el método de estudio de casos, se llevó a cabo en el barrio Juan XXIII, de San Miguel de Tucumán, Argentina, sector urbano marginal muy próximo al centro de la ciudad y barrios de La Capital. Se realizó en este momento histórico, caracterizado por la mundialización de la cultura, el avance tecnológico, la consolidación de los sistemas democráticos, el predominio de las políticas neoliberales y por la globalización, provocando el aumento progresivo de las desigualdades y de la exclusión social de determinados colectivos.

Las etapas recorridas en este proceso de investigación dan cuenta de los pasos realizados para resolver el problema presentado en esta investigación cualitativa: ¿es posible concebir una estrategia socioeducativa para trabajar con jóvenes en situación de riesgo?

Las reuniones con un grupo de 15 chicas, preadolescentes y jóvenes del barrio Juan XXIII se llevaron a cabo de mayo a diciembre de 2004, durante tres horas cada sábado. Este período de trabajo se extendió hasta el año 2006 para evaluar el proceso recorrido por el grupo.

Se propuso a las chicas partir de sus necesidades e intereses, de las cosas que no les gustaban y de aquello que proponían o sugerían.

Para realizar esta investigación se eligió el estudio de casos, porque este método brinda las herramientas necesarias en la comprensión de la realidad y permite avanzar en la búsqueda de posibles soluciones al problema presentado. Es esencialmente activo y se puede aplicar en innumerables campos.

En los talleres iniciales emergieron necesidades, sentimientos y temas de interés que se tuvieron en cuenta a lo largo de este proceso. Respondiendo a las

preguntas disparadoras *¿qué me gusta del grupo y del barrio?, ¿qué cosas no me gustan?, ¿qué sugiero?*, se pusieron en escena diversas necesidades, entre ellas la de trabajar en grupo para consolidar los vínculos interpersonales, la necesidad de ser amadas, de descubrirse a sí mismas y a los demás. También la necesidad de descubrir las capacidades, habilidades y competencias personales y sociales del habla y de la acción. En este contexto surgió el interés de trabajar el proyecto *Aprendiendo a elegir*, que abordó los temas: Ser único y especial, La autoestima, El cuerpo, La drogadependencia y Vivir mejor.

Se eligió como instrumento la observación participante, la cual permitió meterse en la realidad para entender los datos desde dentro, orientados hacia el proceso. En otros momentos la ubicación en el grupo fue desde una observación no participante, con el fin de tomar distancia y ver con mayor objetividad lo que estaba pasando en el mismo. Los datos se recogieron en registros escritos, gráficos y fotográficos.

Las estrategias y las técnicas participativas empleadas en cada encuentro fueron variadas y respondieron a las necesidades del grupo y a sus intereses: talleres, autobiografía, grupos de discusión, dramatizaciones, dibujos, canciones, juegos, convivencias, paseos, trabajo grupal, dinámicas de grupo, campamento...

Resultados

El estudio permitió describir y comprender la problemática presentada por el grupo de adolescentes y jóvenes con quienes se realizó.

Se buscó el reencuentro de cada joven consigo misma, con su quehacer individual y social, con sus prácticas y experiencias, con su medio y sus posibilidades, con su entorno y su cultura. El proceso fue sostenido por la certeza de que las transformaciones sólo son posibles con mujeres que se conocen, se asumen, se valoran, creen en sí mismas y en lo que son capaces de hacer.

No se puede dejar de lado la profunda necesidad que tiene el adolescente de integrar un grupo, de sentirse contenido por él y de proyectarse con los demás



Foto proporcionada por: María Nérida Mena

en una tarea grupal. El grupo es el escenario en el que aparece la necesidad de entender y de entenderse en la situación de interacción. La identidad personal está ligada a situaciones grupales. La interacción, el vínculo, el grupo, tienen un lugar fundante en la constitución de la identidad, de lo subjetivo. Por todo esto el grupo, conformado por las adolescentes y jóvenes del barrio Juan XXIII, ha llegado a ser el escenario, el continente y la condición de la experiencia personal y social. El trabajo grupal, estrategia socioeducativa, generó el aprendizaje y la creación de competencias sociales. El grupo ofreció sostén y continencia para una elaboración compartida de ansiedades, para una elaboración fundada en las identificaciones, en las diferencias, en consonancias y resonancias. Fue percibido como instrumento de producción, de construcción social, de saberes, de su capacidad de análisis y de síntesis integradora y multiplicadora.

En el trabajo grupal las jóvenes aprendieron a utilizar diversas estrategias para resolver las situaciones problemáticas que se les presentaban cotidianamente, como así también aprendieron a elegir las situaciones que favorecieron su inserción social.

Por otro lado, siendo que el grupo coordinador asumió la pedagogía social como un saber y una práctica social que es preciso rehacer en el día a día,

esto permitió resignificar la vida de las educadoras sociales junto a las adolescentes y jóvenes: en la vida familiar, en las organizaciones educativas, en las plazas, las calles, en las comunidades.

La educación social se constituyó en un conjunto de prácticas diversas, que atendió la producción de efectos de inclusión cultural, social y económica; de este modo se colaboró activamente para que cada persona pudiera alcanzar su plena realización como *ser social*.

Según el testimonio de las jóvenes, las intervenciones socioeducativas, las ayudaron a construir este nuevo camino de transformación del grupo. Percibieron que el grupo no era el mismo al final del proceso que al inicio. Todas afirmaron que crecieron. Ya no les servía lo que antes tenían. Se posicionaron de manera distinta con las compañeras. Las luchas y las peleas entre ellas y el querer mandar empezaron a ocupar lugares que las sorprendía y que dejaban atrás el ser pequeñas. Algo distinto surgió en el grupo. Tomaron conciencia de que debían recorrer y asumir juntas una nueva etapa.

Una de las herramientas válidas para las adolescentes y jóvenes es disponer de estrategias para utilizar con eficacia las propias capacidades y tener conciencia de que disponen de ellas. La persona que

tiene un buen repertorio de estrategias y las sabe utilizar, confía más en sus posibilidades, se siente capaz y experimenta mejora de su autoconcepto y autoestima.

La búsqueda de una estrategia socioeducativa, entendida como el mayor desafío que atravesaba el contexto sociocultural de las adolescentes y de las jóvenes, permitió identificar procesos de toma de decisiones. En estos procesos ellas eligieron y recuperaron los conocimientos que necesitaban para lograr una determinada demanda u objetivo.

Este modo de trabajar permitió a las educadoras sociales una nueva forma de interpretar los problemas de riesgo social y de considerar a la comunidad como entidad capaz de generar procesos de cambio que intervienen no sólo sobre los factores de riesgo / protección ambientales, sino también en los individuales. La participación comunitaria favoreció una colaboración ágil con el resto de la comunidad: familia, centro educativo, clubes, medios de comunicación, servicios sociales y sanitarios, centro vecinal, instituciones religiosas y organizaciones no gubernamentales.

Las adolescentes y las jóvenes fueron modificando su modo de ver y de sentir las organizaciones barriales y las de la ciudad. Comenzaron a establecer relaciones de aceptación, de intercambio, de ayuda; dejaron de percibir las como amenaza y comenzaron a sentirlas como oportunidad y posibilidad, a nivel individual y grupal. Se generaron redes vinculares positivas y gratificantes, lo cual permitió consolidar el proceso grupal y modificar, en las adolescentes y jóvenes, su modo de posicionarse en esa realidad. Es así como el cambio y la transformación comenzaron a gestar procesos sociales significativos para el grupo y para el barrio.

Se tomó conciencia de que trabajar por la inclusión de jóvenes excluidos o en riesgo social requiere capacitarlos en una serie de competencias generales y, según las necesidades del colectivo social, en determinadas competencias específicas.

En el proceso recorrido por el grupo fue necesario evitar la indefensión aprendida, el sentimiento naturalizado de *poca capacidad* que pusieron de

manifiesto las chicas en el inicio del proceso vivido por el grupo. Se percibían menos capaces que los demás y necesitaban esforzarse más. El imaginario social del barrio Juan XXIII favorecía que las chicas asumieran que su nivel de capacidad no podía modificarse y, como consecuencia, se producía una distorsión cognitiva, falta de motivación y desinterés por el valor del esfuerzo.

Al favorecer la motivación de logro, las chicas trataron de descubrir y mejorar su predisposición para emplear su esfuerzo hacia las metas que deseaban conseguir. Se privilegió también el desarrollo de las estrategias de aprendizaje y habilidades metacognitivas. Con esto se procuró enseñarles a saber lo que hay que hacer para aprender, saberlo hacer y controlarlo mientras se hace, así como a tener conciencia, control y regulación de dichas estrategias. Se generaron espacios de reflexión y de expresión que permitieron desarrollar habilidades de comunicación para mejorar la convivencia. En los distintos encuentros de los sábados se favoreció la espontánea expresión de sus sentimientos, gestos y actividades. Fue interesante compartir el tiempo dedicado a la elaboración de los acuerdos, ya sea por los aportes espontáneos, la participación de todas, como así también por el respeto puesto de manifiesto por los turnos de habla. La intervención socioeducativa favoreció, en las chicas, el logro de una mayor autonomía e independencia en relación con la producción de conocimiento, expresión, comunicación y significación.

Respecto de las *habilidades asertivas*, se propició el formular y recibir críticas, como así también decir *no* adecuadamente; cómo establecer relaciones con el otro sexo; cómo relacionarse con las figuras de autoridad, hacer y recibir cumplidos. Al favorecer las *habilidades de autoevaluación*, se pretendió que las chicas aprendieran a valorar sus capacidades y limitaciones mediante el autoconocimiento; que definieran las metas que deseaban y podían lograr y descubrieran cómo las percibían los demás.

Al favorecer el desarrollo *de habilidades para desenvolverse en el entorno*, lograron adoptar una postura más reflexiva y crítica ante el consumo, el

dinero, la planificación del tiempo, las alternativas de ocio, la asunción de riesgos y la planificación del futuro.

Se eligió también una postura reflexiva ante la convivencia, la responsabilidad, la tolerancia y el liderazgo, favoreciendo *habilidades para convivir*.

La selección y aplicación de las distintas estrategias durante el proceso grupal han propiciado que las jóvenes se conviertan en responsables de su propio aprendizaje.

Haciendo memoria del camino construido por las adolescentes y jóvenes en el grupo, no se pueden obviar los fundamentos que ayudaron a interpretar las estrategias utilizadas. Uno de los principios educativos que ha acompañado este trabajo es la centralidad de la persona de las adolescentes y de las jóvenes: las intervenciones educativas favorecieron el protagonismo de las chicas en la vida del grupo, y ayudaron en la construcción del conocimiento.

El asombro y la admiración ante lo que cada una descubría en sí misma y las posibilidades de construir juntas, instaló una nueva manera de relacionarse, de mirar y de hacer las cosas. La novedad, el descubrimiento, las fortalezas de cada chica, comenzaron a surgir espontáneamente. El clima relacional, afectivo y social, vivido por las adolescentes y jóvenes, generó las condiciones propicias para lograr competencias de la palabra y de la acción.

Recomendaciones para la acción

Para seguir apostando a favor del proceso grupal de las adolescentes y de las jóvenes en situación de riesgo social, se propone lo siguiente:

1. Brindarles oportunidades para aprender habilidades de vida o capacidades para la inserción social y laboral, como aprender a aprender, a ser, a tomar decisiones, a resolver problemas, a relacionarse y a convivir.
2. Los educadores y orientadores deben conocer con profundidad los factores que aumentan el riesgo de exclusión para poder hacer un análisis crítico de la oferta educativa específica de carácter preventivo, dirigida a este tipo de población, tanto en el marco del sistema educativo formal como desde iniciativas generadas y desarrolladas en el entorno comunitario por distintas organizaciones, asociaciones y servicios sociales.
3. Es necesario fortalecer las intervenciones conjuntas de todos los agentes educativos: profesores, educadores, orientadores, mediadores, trabajadores sociales, etc., junto a otras instituciones que se encuentran en el barrio.
4. Crear espacios y estrategias innovadoras para seguir acompañando los procesos que se generan en los grupos en situación de riesgo social, a fin de que sean agentes multiplicadores y transformadores de la realidad en la que se encuentran.

Lecturas sugeridas

BALLESTER, L. Y P. FIGUERA (2000). "Exclusión e inserción social", en P. Amorós y P. Eyerbe (eds.) *Intervención educativa en inadaptación social* Madrid: Síntesis, pp. 289-331.

www.sintesis.com/index.php

www.ub.edu/mide/organitzacio/docents/pilar_figuera.htm

FUNES ARTIAGA, J. (1999). *Necesidades educativas de los adolescentes en situación de riesgo social*. Madrid: Educación social.

<http://webpages.ull.es/users/mif/bibliocas/adoles.rtf>

ROTHER HORNSTEIN, M. C. (comp.) (2006). *Adolescencias: trayectorias turbulentas*. Buenos Aires: Paidós.

www.paidos.com